

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Las libaciones	145
Apéndice del artículo "Las libaciones"	154
Los sufrimientos del Señor Jesús	156
Fragmento	164
Meditación sobre el Cantar de los Cantares	165
El tiempo del Despertar	170
Pensamiento	180

Año V. N° 5

Septiembre - Octubre 2000

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2000 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)
<hr/>		
(<i>M. E.</i>)	=	<i>Messenger Évangélique</i>
<hr/>		

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

LAS LIBACIONES

Las libaciones ¹⁾, así como los holocaustos, se conocían mucho antes de que fuese dada la Ley. La primera que se menciona en las Escrituras es la que Jacob, al volver de Padan-aram, derramó en Bet-el, el lugar donde Dios le había hablado cuando huía de la casa paterna (Génesis 35:14). Sobre “una señal de piedra” (**estela** o **pilar**) que erigió en ese lugar, derramó su primera y, hasta donde podemos saber, su única libación.

Vemos que durante su vida, Jacob erigió muchas veces dichas **estelas**; parece que estaba habituado a tal práctica. Levantó una en Galaad, al este del Jordán, como testimonio de la intervención de Dios a favor de él y para marcar, junto con el majano levantado por “sus hermanos”, el límite que ni él ni Labán debían atravesar para no causarse daño mutuamente (Génesis 31:45, 52). Levantó otro pilar sobre la sepultura de Raquel, en el camino de Efrata (Génesis 35:20), monumento que estaba destinado a permanecer, para señalar el lugar donde reposaba el cuerpo de su amada. Pero no se nos dice que haya derramado una libación en Galaad ni tam-

1) El ofrecimiento de una libación consistía en verter una bebida en ofrenda a la divinidad. Generalmente se trataba de vino, símbolo de gozo, y es lo que se contempla en este caso. En 2.º Samuel 23:16 (y en 1.º Crónicas 11:18), leemos que tres hombres valientes, a riesgo de sus propias vidas, sacaron agua del pozo de Belén y se la llevaron a David, quien no quiso beberla, sino que “la derramó para Jehová”, es decir, hizo con ella una libación.

En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo, en relación con su muerte para Cristo, emplea dos veces la expresión “derramado en libación”. La hallamos en Filipenses 2:17 y también en 2.ª Timoteo 4:6, donde la versión Reina-Valera 1960 dice “estoy para ser sacrificado”, cuya traducción literal sería: “estoy siendo derramado”, lo cual es una metáfora que señala una ofrenda de libación, razón por la cual algunas traducciones vierten directamente: “sirvo de libación” (o de aspersion). El texto griego contiene la misma palabra (*spendomai*) en los dos versículos. Acerca de esto, léase el Apéndice que sigue al presente artículo. (N. adaptada por el T.).

poco sobre la tumba de Raquel. No era el tiempo ni los lugares oportunos para un acto tan expresivo y, sin duda, Jacob lo comprendió bien. Al levantar una estela en Galaad, él sentía que era necesario que un monumento diese testimonio ante el cielo y recordase a todos el momento más importante de la historia del segundo hijo de Isaac, volviendo a la tierra prometida. El pilar que, como esposo afligido, levantó sobre la tumba de Raquel, perpetuaba el recuerdo de su dolor, el cual se mantendría vivo hasta el fin de su vida (Génesis 48:7).

Sin embargo, años antes de haber dejado su señal en Galaad, Jacob había erigido una estela en el lugar que, desde entonces, se conoció con el nombre de Bet-el, es decir, “Casa de Dios”. Dios acababa de prometerle a este viajero sorprendido por la noche, que poseería esa tierra, que tendría una descendencia innumerable y que le daría Su protección (Génesis 28:11-15). Entonces, Jacob no se contentó con tomar y levantar como una estela la piedra que usó como cabecera, sino que además la ungió con aceite, manifestando de esa manera que para él ése era un lugar santo y consagrado. Sin embargo, no vertió allí ninguna libación. Si hubiese tenido plena confianza en Dios, habría podido hacerlo; pero, según el pacto que hizo entonces con Él, notamos que evidentemente no la tuvo, pues expresa que Jehová sería su Dios, si realmente lo hacía volver en paz a la casa de su padre (v. 20-21). De esta manera, el hijo de Rebeca demostraba que no confiaba plenamente en las promesas de Dios.

Galaad y la tumba de Raquel eran dos lugares que Jacob recordaría siempre. También se acordaría de Bet-el, pero con una diferencia: en lo sucesivo, Bet-el no estaría en íntima relación con la historia del patriarca y sus peripecias, sino que éste había aprendido a considerar ese lugar como la casa de Dios, donde Dios le había hablado cuando él no lo esperaba de ninguna manera. Transcurrieron varios años antes de que volviera a ese lugar, lo cual sucedió cuando regresó a la tierra de Canaán. Pero la santidad del

lugar estaba grabada en su espíritu de manera indeleble. Para él, no tenía parangón ningún otro lugar en toda la tierra. El hecho de que haya ungido la piedra la primera vez que estuvo en Bet-el, manifiesta claramente su pensamiento respecto a ese lugar; y la orden que impartió a su casa y a todos los que estaban con él, de quitar los dioses extraños que estaban en medio de ellos, de purificarse y de cambiar sus vestidos, cuando se dispuso a volver allí (Génesis 35:2), demostró fehacientemente que su pensamiento respecto a ese lugar había permanecido inmutable.

Una vez allí, edificó un altar, lo que no había hecho antes, y durante la noche Dios le apareció, confirmó e incluso agregó más detalles a las promesas que le había hecho la primera vez. Entonces, con el corazón rebosante, el patriarca levantó de nuevo una estela, “una señal de piedra”; pero esta vez, antes de ungirla con aceite, “derramó sobre ella libación” (Génesis 35:14-15). Una cosa era partir de Bet-el para viajar hacia una tierra desconocida, con las promesas de Dios aún no cumplidas, y otra muy diferente era encontrarse allí, en el camino de regreso, con mujeres, niños y abundancia de bienes terrenales que tenían el más alto valor para un pastor como él. Entonces Jacob hace lo que aún no había hecho. Convenía que erigiese una estela, una señal conmemorativa; él estaba muy seguro de ello. También convenía que repitiese su acto y que ungiese la piedra como prueba del carácter de santidad que ese lugar tenía para él y su familia. Pero era necesario más que esto. Dios había confirmado las promesas hechas cuando le apareció por primera vez en Bet-el; y el patriarca, a la luz de sus circunstancias ahora cambiadas y mejoradas, podía ver las pruebas del cumplimiento de aquellas promesas que un día tendrían lugar en su plenitud. A sus ojos, pues, había llegado el momento de derramar una libación como testimonio de su gozo en lo que Dios le había dado con tanta gracia. Jacob vertió su libación sobre la piedra, y lo hizo antes de ungirla con aceite.

Cuando el patriarca llegó por primera vez a Bet-el, se sintió pro-

fundamente impresionado por el temible carácter de santidad del lugar: Dios estaba allí. Cuando fue por segunda vez, la gracia y la fidelidad de Dios se manifestaron ante él prominentemente; de modo que su primera acción, tras erigir una nueva estela, fue una expresión de los sentimientos de su corazón, despertados por las palabras con que Dios acababa de bendecirlo.

Transcurrieron muchos años entre esa visita a Bet-el y el momento en que Jacob dirigió las últimas palabras a sus hijos en Egipto (Génesis 49); pero no hallamos ningún pasaje que mencione que durante ese intervalo haya hecho algo semejante para expresar los sentimientos de su corazón. En camino hacia Egipto, se detuvo en Beerseba y ofreció sacrificios al Dios de su padre Isaac (Génesis 46); y aun cuando no sepamos el número ni el carácter de esos sacrificios, es cierto que no escatimó nada y que esa noche debió de haber sido degollado más de un animal; a pesar de esto parece que en esa oportunidad el patriarca no derramó ninguna libación. Jacob sacrificó en Beerseba **antes** de que Dios le hablase; en Bet-el, había levantado la estela **después** de que Dios le apareciera. A juzgar por el orden observado en Bet-el, una libación que acompañara a los sacrificios habría sido una anomalía, pues él la derramó no para pedir un favor, sino para expresar su gozo por haberlo recibido. Por otra parte, en Bet-el, Jacob volvía a la tierra, mientras que en Beerseba estaba por dejarla; y si bien partía hacia Egipto con el permiso divino, con la promesa de la protección de Dios y la seguridad de volver a la tierra que le había dado a él y a su descendencia (Génesis 46:3-4); podemos discernir, por el carácter de Jacob tal como hasta allí se desarrolló, que, aun después de haber recibido de Dios esta preciosa comunicación, él no se encontraba en la condición espiritual normalmente requerida para ofrecer una libación, la cual expresaba de la forma más clara posible el gozo del corazón.

Siguiendo las páginas de la Palabra en orden cronológico, leemos lo que Job solía hacer a modo de sacrificio por sus hijos des-

pués de que éstos celebraran sus banquetes, cada uno en su día, y lo que Dios ordenó que ofrecieran sus tres amigos por sí mismos (Job 1:5; 42:8). Sin embargo, en ninguno de los dos capítulos se mencionan libaciones. Tampoco esto ha de sorprendernos, pues tal como lo aprendemos en las ordenanzas acerca de ellas, dadas más tarde a Israel, nunca fueron ordenadas cuando se trataba de sacrificios por el pecado. Y precisamente los holocaustos que ofreció Job por sus hijos y los que ofrecieron sus amigos fueron sacrificios quemados por el pecado.

Una vez finalizado el período patriarcal, hallamos sacrificios en ocasión de la visita del suegro de Moisés al campamento de Israel en Sinaí. En aquel tiempo, Jetro oficiaba como sacerdote (Éxodo 18:12); pero ni entonces ni posteriormente, cuando el dador de la Ley ordenó a los jóvenes ofrecer holocaustos y sacrificios de paz al pie del monte, en la ratificación del pacto con Jehová por la congregación de Israel, no tenemos la menor indicación de que el ejemplo del patriarca Jacob en Bet-el hubiese sido seguido por aquellos que acamparon en el desierto de Sinaí. Ciertamente en esta última ocasión, cuando la sangre del pacto fue rociada sobre el pueblo en señal de lo que merecerían si no lo cumplían, una libación habría estado totalmente fuera de lugar.

Desde el tiempo de Jacob, hasta la erección del tabernáculo y la consagración de Aarón y de sus hijos para servir en el altar, la Palabra nunca vuelve a mencionar este rito simple y significativo (Éxodo 29:40). Por el contrario, desde el momento en que el sacerdocio aarónico fue definitivamente establecido, la libación no debía omitirse ni un solo día. Ella **siempre** debía acompañar al holocausto de la mañana y de la tarde (Éxodo 29:40-42); pues lo que se ofrecía cada día como tipo en el altar de bronce, servía esencialmente para llenar de regocijo el corazón de todos los que comprendían algo del significado de estos sacrificios; y entonces aprendemos en qué consistía la libación: el vino superior (bebida fermentada, licor) que debía ser vertido “ante Jehová” (Números

28:7), el mosto o vino nuevo “que alegra a Dios y a los hombres” (Jueces 9:13). Y, ciertamente, el tipo que se encontraba en el altar, y que respondía en sumo grado a este “gozo” divino, era el cordero del holocausto que prefiguraba la perfecta consagración del Señor Jesucristo a la voluntad de su Padre.

Detengámonos aquí un momento y comparemos el acto de Jacob cuando volvió a Bet-el, con las ordenanzas de la ley. Jacob, de la abundancia de su corazón, por propia voluntad y sin una orden de Dios, había vertido su libación sobre la piedra. Por otro lado, Dios ordenaba que la libación debía acompañar invariablemente a los holocaustos diarios. El acto de Jacob, ciertamente había sido dictado por lo que él sintió cuando recibió la comunicación de Dios, y por el favor del cual fue objeto. Pero bajo la ley, la libación ordenada por Dios no podía ser considerada como la medida del gozo que el pueblo hallaba en el sacrificio sobre el altar. Ella seguramente representaba lo que **podían** sentir aquellos que estaban ocupados en el sacrificio; pero la medida de su comprensión y de su gozo en lo que prefiguraba el cordero, sin duda estaba lejos del objetivo propuesto. Y nosotros debemos confesar que lo que comprendemos de la obra de Cristo y del gozo que surge de ella está muy por debajo de lo que Dios discierne y encuentra en el sacrificio de su Hijo. La medida del gozo de aquel que ofrecía no respondía a la medida de la libación. Esta última expresaba la medida plena del gozo que se encontraba en lo que prefiguraba el holocausto. Nadie, salvo Dios, podía estimar esto plenamente, por eso Él también prescribió en la ley cuánto vino debía ser derramado cada mañana y cada tarde juntamente con los holocaustos diarios.

La libación de Jacob no tenía ninguna relación con un sacrificio. Bajo la ley, una libación, al igual que la ofrenda vegetal, acompañaba invariablemente a la ofrenda de la mañana y de la tarde. Nunca leemos que una libación haya sido **ordenada** sin que ella acompañe a un sacrificio. Jacob expresó lo que **sentía**; la libación

bajo la ley tipificaba lo que **habrían podido sentir** aquellos que estaban ocupados en el sacrificio ofrecido en el altar.

Estos tipos de la ley pueden impartirnos aun otra enseñanza. Los diferentes sacrificios nos presentan los diversos aspectos de la muerte del Señor Jesucristo, y al meditar sobre ellos, podemos concentrar nuestros pensamientos sobre uno u otro de esos aspectos. Pero para lograr una justa estimación del valor de esta muerte, de manera que podamos participar del gozo que emana de tal obra, siempre debemos acordarnos de su vida tal como se manifestó en la tierra antes de la cruz. El tipo de esa vida era la ofrenda vegetal que cada día, de mañana y de tarde, acompañaba al holocausto continuo (Números 28:3-8). Tenemos que acordarnos de la muerte del Señor, pero siempre debemos tener presente que es Aquel que murió, tal como su vida aquí abajo lo ha mostrado. Cuando tenemos ante nosotros ambas cosas, es decir, su vida y su muerte, la libación tiene su lugar.

Pero las libaciones jamás podían ser ofrecidas aparte de los sacrificios, como tampoco estaba ordenada ninguna libación junto con la ofrenda vegetal sola. Y los hijos de Aarón no habrían vertido una libación que estuviese relacionada solamente con la víctima sacrificada en el altar. Antes de que una libación hallara su justo lugar, el adorador debía tener ante sí, tipológicamente, a un Cristo completo, si nos atrevemos a expresarnos así, a Cristo en su vida y en su muerte. Y una vez que ello se captaba con los ojos y se recibía con el corazón, la libación no podía ser omitida: el vino, que alegra a Dios y a los hombres, podía entonces ser derramado como señal de que en el Señor Jesucristo, quien vivió y murió, se hallaba aquello que daba gozo a Dios y del cual podían participar aquellos que lo ofrecían. Y como la redención por la sangre había sido cumplida en figura, Dios dio a conocer que los hombres podían tener gozo en común con Él, aunque sólo en relación con, y en referencia a aquello que prefiguraba el sacrificio en el altar. E Israel debía mantener esto, tanto para aquellos que habían nacido

en la tierra, como para el extranjero que moraba con ellos (Números 15:13-15). Sin embargo, nunca, lo reiteramos, se ordenó que esta ofrenda fuese traída aparte del sacrificio en el altar, aunque los israelitas, al parecer, separaron las dos cosas en sus ritos idólatras.

Pero la ofrenda diaria no debía estar acompañada sólo por una libación, pues el capítulo 15 del libro de Números nos enseña que, una vez que los hijos de Israel hubieran entrado a su tierra, toda víctima que tomaran del ganado mayor o menor y que ofreciera cualquiera, fuese israelita o no, como ofrenda encendida, holocausto, o sacrificio para cumplir un voto, o sacrificio voluntario, o para ofrecer en las fiestas solemnes (véase en Números 6:15, 17, la ofrenda del nazareo al finalizar su nazareato), debía ser acompañada por una ofrenda vegetal y una libación. En Éxodo 29 y en Números 28, donde se menciona el holocausto continuo, la medida fijada para la libación es “la cuarta parte de un hin de vino”. Mientras que en Números 15, la medida varía según el porte del animal ofrecido; pero ella corresponde también, y siempre, a la cantidad de aceite determinada para la ofrenda vegetal que lo acompañaba. El que ofrecía el sacrificio sabía que tenía que aumentar la libación de acuerdo con la gordura del animal; pero la medida del aceite era la misma que la del vino que debía proveer para la libación. No había excepciones para esta regla, y nosotros podemos discernir cuán apropiada era. Pues si el vino expresa el gozo que se encuentra en el Señor Jesucristo considerado en su vida y en su muerte, la medida de ello corresponde a la del Espíritu Santo en Él, medida tipificada por el aceite de la ofrenda vegetal. De modo que todos estos elementos: el trigo, el vino y el aceite, productos de la tierra, contribuían para expresar, junto con la víctima inmolada, lo que Cristo era y lo que se encontraba en Él. En Cristo y, de todos los que pasaron por esta tierra, solamente en Él, no se encuentra ninguna falta. Su vida, sus caminos y sus actos correspondían plenamente al Espíritu Santo en Él: su gozo tenía exacta-

mente la misma proporción que el Espíritu que moraba en Él. En su vida y en su muerte, Cristo obró en cada circunstancia sólo bajo la dirección del Espíritu Santo.

Tal era la libación bajo la ley; simbolizaba el gozo que Dios y el hombre podían hallar en el hombre Cristo Jesús. Hay pues un común tema de gozo entre Dios y nosotros, pero su medida no varía con nuestra percepción de lo que se encuentra en su Hijo para deleitar nuestro corazón. Dios nos ha dicho cuál es la medida que se puede hallar en Aquel que es perfecto, sin contaminación, “santo, inocente, sin mancha”. ¡Qué hermosa idea permiten formarnos acerca de las delicias que Dios encuentra en su Hijo, los sacrificios de olor fragante! Noé era un hombre “perfecto en sus generaciones”. De Job está escrito que no había “otro como él en la tierra”. Abraham fue llamado amigo de Dios, y Dios declaró que podía confiar en él, porque sabía que conduciría bien a sus hijos y a su casa, mandando que guardasen el camino de Jehová. David era un hombre según el corazón de Dios. Pero todos estos hombres, a quienes Dios calificó de esta manera, estuvieron lejos de responder perfectamente a lo que un hombre debía ser en la tierra. Sólo el Señor Jesús lo hizo; y la medida de la libación, variable, pero siempre proporcional al aceite que se vertía en la ofrenda vegetal, lo expresa tipológicamente, tal como su vida y su muerte lo confirmaron más tarde. Así, lo que el Señor era, tal como lo revela el Nuevo Testamento, arroja una clara luz sobre los tipos y sombras del Antiguo Testamento.

Y ahora, por un tiempo, todas esas ofrendas prescritas por la ley dejaron de ofrecerse. Sin embargo, se ofrecerán nuevamente cuando Dios restablezca sus relaciones con Israel, su pueblo terrenal. Entonces se ofrecerán de nuevo sacrificios sobre el altar, y se derramarán libaciones de vino para el Señor (Ezequiel 45:17). Israel comprenderá lo que ellas significan y participará inteligentemente del gozo de Dios en Cristo, tal como surge de su vida y de su muerte. Comprenderá también, como bien nosotros podemos

hacerlo ahora, cuán abominable debió de haber sido para Jehová el hecho de que tales libaciones, ofrecidas para expresar el gozo en el Señor Jesús, fueran derramadas en ritos idólatras. Jeremías reprocha esto a menudo. Nos dice que quemaban incienso y derramaban libaciones a la reina de los cielos y a dioses ajenos. ¡Ofrecían a dioses ajenos incienso, el cual evoca los méritos de Cristo, y libaciones, las cuales expresan, como hemos visto, el gozo hallado en la vida y en la muerte del Señor Jesús (Jeremías 7:18; 19:13; 32:29; 44:17)! ¡Reconocían méritos a los falsos dioses y se gozaban en un rito que en realidad era el culto a los demonios (1.ª Corintios 10:20)! ¡Qué ultraje a Dios y a Aquel que estaba representado en el sacrificio, significaba el hecho de ofrecer libaciones a los ídolos! Comprendemos el aborrecible carácter de tal práctica cuando sabemos lo que expresaba el sacrificio tal como Dios lo había ordenado. Y podemos compartir la tristeza del profeta Joel cuando, quitada la ofrenda y la libación de la casa de Jehová, debía decir: “¿No fue arrebatado el alimento de delante de nuestros ojos, la alegría y el placer de la casa de nuestro Dios?” (Joel 1:13, 16).

C.E.S.

(*The Bible Treasury*, octubre de 1874. Publicado también en *M. E.* 1981)

APÉNDICE DEL ARTÍCULO

«LAS LIBACIONES»

(2.ª Timoteo 4:6; Filipenses 2:17)

“Porque yo ya estoy para ser sacrificado (o: ya estoy siendo derramado; o: sirvo de libación)” (2.ª Timoteo 4:6). Estos términos están tomados del lenguaje utilizado en los sacrificios descritos en el Antiguo Testamento. Después del sacrificio sangriento o de la

ofrenda, se vertía cierta cantidad de vino sobre el altar. Era como la ceremonia final. El apóstol había escrito a los filipenses: “Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo” (Filipenses 2:17). Después de haber cumplido su servicio sacerdotal, presentando como una ofrenda a Dios a estos creyentes que habían salido de los gentiles, Pablo habla de su sangre —es decir, de su muerte— como una libación vertida sobre esa ofrenda. En Romanos 15, en relación con ese servicio sacerdotal de Pablo, leemos: “La gracia que de Dios me es dada para ser ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando (a manera de sacerdote) el evangelio de Dios, para que los gentiles le sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo” (v. 15-16). En la segunda epístola a Timoteo su servicio ha finalizado, el último acto del sacrificio va a ser cumplido; su muerte, correspondiendo a las libaciones del servicio levítico, será el coronamiento de su servicio: el tiempo de su partida había llegado.

(*M. E.* 1896, p. 309-310)

Filipenses 2:17-18. El apóstol, prisionero del perseguidor de los cristianos, tenía la muerte ante sí. A esta muerte, coronamiento de su vida para Cristo, Pablo la consideraba por anticipado como una libación, una aspersion sobre el sacrificio y servicio de la fe de los filipenses; de tal manera ellos estaban unidos a él en su vida y obra. ¿No habían tomado parte en el Evangelio y seguido al apóstol en todas las circunstancias de su reclusión, caminando sobre sus pisadas en el camino de la obediencia y de la fe, desde el principio? La vida de ellos estaba tan íntimamente unida a la de Pablo, como ofrenda a Dios, que su muerte, sobre ese sacrificio, sería como la libación del vino, emblema del gozo en la comunión, derramado sobre los sacrificios levíticos. Pablo se regocijaba en ello y deseaba ver que los filipenses también se regocijaron con él en esto. Éste es un tema de elevado gozo y que pertenece a la esfera

celestial en la cual se mueve el creyente, para quien Cristo y los suyos lo son todo. (M. E. 1916, p. 192)

LOS SUFRIMIENTOS DEL SEÑOR JESÚS

(Extracto de meditaciones de M. Tapernoux)

(Viene de la página 125)

*«Para salvar a tu criatura,
tú fuiste el Hombre de dolores»*

A continuación, consideraremos la hora de la cruz, última etapa de ese largo y doloroso camino. Era el «elemento principal» —si se puede expresar así— de lo que el Señor llamaba: “Mi hora.” Jesús, “cargando su cruz, salió.” Había entrado en este mundo (Juan 10) como un niño nacido en un establo, acostado en un pesebre, y hasta la cruz fue el hombre de dolores. Esta última escena, la cual abordamos ahora, será la más dolorosa de todas.

“Y él, cargando su cruz, salió...” (Juan 19:17). El evangelio de Juan, que nos presenta al Señor Jesús como el Hijo de Dios, no menciona la intervención de Simón de Cirene, a quien los soldados romanos obligaron a llevar la cruz de Jesús.

Al respecto, los hombres inventaron una historia en la cual pretenden hacer creer que el Señor estaba tan debilitado que no podía llevar su cruz y que por eso se obligó a Simón de Cirene a que lo hiciese en su lugar. La Palabra no nos dice nada semejante. En el texto citado leemos que Jesús salió cargando su cruz. Si hubiese sido necesario, la habría cargado hasta el calvario. No agreguemos a la Escritura lo que ella no dice.

Él no estaba solo cuando cargaba la cruz. Lo escoltaban dos malhechores, dos criminales condenados a muerte. Tales hombres

fueron la compañía en la cual el Señor fue colocado por los jefes del pueblo. ¿Podemos imaginar lo que era ese cortejo? Uno de esos tres hombres que iban a ser crucificados era el Hijo de Dios manifestado en carne, cuya inocencia fue proclamada varias veces por Pilato. Y Él estaba allí, habiendo sufrido ya el suplicio de los azotes, así como todas las brutalidades y humillaciones de que nos hemos ocupado en las meditaciones anteriores. Él se adelanta, no se defiende, sigue su camino, camino de obediencia en el cual lo gobernaba un único pensamiento, con una sola meta: cumplir la voluntad de Dios. Y el cumplimiento de esta voluntad abarcó también la escena donde se encontraban los soldados, la multitud, los jefes del pueblo y todo el pueblo de Jerusalén, los cuales formaban un cortejo escandaloso y lleno de rencor, que acompañó a Jesús mientras él cargaba su cruz.

Él salió de Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados, porque era necesario que sufriese fuera de la puerta. Era el perfecto macho cabrío Azazel cargado con los pecados de su pueblo, echado fuera del campamento de Israel. Iba a sufrir y morir fuera de la puerta, fuera de Jerusalén.

Llegaron a Gólgota. ¡Con qué fuerza resuena el eco de este nombre en el corazón de los creyentes, a lo largo de las edades! ¡Gólgota!, el lugar donde el Hijo de Dios fue levantado entre el cielo y la tierra, como lo había anunciado: “Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre” (Juan 8:28). He aquí que se aproximaba la hora. ¡Gólgota!, el lugar donde obtuvo para nosotros una redención eterna; el lugar donde glorificó plenamente a Dios. ¡Gólgota!, el lugar donde el Señor fue abandonado por su Dios, donde en total soledad, descendiendo a las profundidades de los abismos, fue herido por Dios, quien apartó de él su rostro. Sí, Gólgota es todo esto. ¡Que este nombre, que el Espíritu pone una vez más ante nuestro corazón, reanime en nosotros los santos afectos que tenemos por nuestro amado Salvador, porque es el lugar a donde fue conducido y donde se desarrollaron estos eventos que tienen íntima relación

con la eternidad! Eventos que constituirán el tema eterno de nuestra alabanza, cuando estemos reunidos alrededor de Él en la casa del Padre.

“Y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio” (Juan 19:18). Admiramos una vez más la sobriedad de la palabra de Dios. En ella no encontramos ningún lirismo, ningún detalle superfluo, sino todo lo contrario; hallamos una elocuente sobriedad que nos demuestra con flagrante evidencia lo que el hombre ha hecho con Dios manifestado en carne. He aquí el lugar que el hombre dio al Señor Jesús: una cruz sobre la cual fue clavado, con un malhechor a su derecha y otro a su izquierda. ¡Qué sufrimiento moral! Él no permaneció indiferente ante el hecho de ser puesto en el mismo nivel que los inicuos, de ser “contado con los pecadores (o transgresores)” como lo había anunciado por el Espíritu profético (Isaías 53). Y si esto fue escrito alrededor de 750 años antes de que el hecho se consumase, demuestra claramente que ello provocaría a Cristo un profundo sufrimiento. Tenemos a disposición los Salmos y los profetas, para ayudarnos a comprenderlo.

“Soy semejante al pelícano del desierto; soy como el búho de las soledades; velo, y soy como el pájaro solitario sobre el tejado” (Salmo 102:6-7).

¡Qué soledad sintió el Señor Jesús en la cruz! Sus discípulos lo habían abandonado. Todos estaban contra él. Y finalmente, lo abandonó Dios. De paso, notemos que las imágenes del pelícano y del búho corresponden a dos aves consideradas inmundas (Levítico 11:17-18). En esto hallamos una importante lección: los hombres trataron a la santa persona del Señor Jesús como a un hombre impuro, como a un transgresor; y el Espíritu Santo nos conduce a prestar atención a esta realidad.

“Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies, contar puedo todos mis huesos; entre tanto, ellos me miran y me observan. Repartieron

entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes. Mas tú, Jehová, no te alejes; fortaleza mía, apresúrate a socorrerme. Libra de la espada mi alma, del poder del perro mi vida. Sálvame de la boca del león” (Salmo 22:16-21). A todas estas personas que rodean al Señor se las llama “perros” —animales inmundos también—, “cuadrilla de malignos”. Él anuncia proféticamente: “Horadaron mis manos y mis pies”; “repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes.” Cuando leemos tales pasajes, nos resulta inconcebible pensar que todavía hay personas que permanecen incrédulas. Estas porciones de la palabra de Dios que fueron escritas alrededor de diez siglos antes de que se cumpliesen los eventos a los cuales se refieren, tienen tal precisión —incluso en los detalles— que hacen que no dejemos de admirar la perfección de dicha Palabra.

Pero volvamos al tema que nos ocupa, es decir, los sufrimientos de la crucifixión. Leamos nuevamente el versículo 14 del Salmo 22: “He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas.” Sabemos que se trata de un lenguaje simbólico, pero ésas son las palabras por las cuales el Espíritu quiere expresar los sufrimientos físicos del Señor en la crucifixión. Este suplido era tan cruel que, para abreviar los sufrimientos de los reos, se les quebraba las piernas, lo cual se efectuó en los dos malhechores. Él fue “crucificado en debilidad”, como lo dice el apóstol en la primera epístola a los Corintios. Él, el Hijo de Dios, el Todopoderoso, que manifestó un extraordinario poder divino resucitando muertos, sanando enfermos, librando a los que estaban sujetos al poder de Satanás, aceptó ser “crucificado en debilidad”.

Pero detengámonos un momento para meditar en los sufrimientos morales que el Señor soportó durante las tres primeras horas en la cruz, cuyo relato hallamos en Mateo 27, versículos 39 a 44: “Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, y diciendo: Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti

mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creemos en él. Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios. Lo mismo le injuriaban también los ladrones que estaban crucificados con él.”

Al leer este corto párrafo nos impresiona comprobar el gran número de personas que se mencionan. Vemos en primer lugar a los que pasaban por allí, la multitud anónima de curiosos, luego a los principales sacerdotes, después a los escribas y a los fariseos, luego a los ancianos y finalmente a los ladrones. Hallamos una evocación de esta escena en el Salmo 57: “Mi vida (o alma) está entre leones; estoy echado entre hijos de hombres que vomitan llamas; sus dientes son lanzas y saetas, y su lengua espada aguda” (v. 4). ¿No encontramos en estas expresiones un reflejo del sufrimiento que le infligieron al Señor Jesús, utilizando las palabras malignas y burlonas que le dirigieron? Él fue víctima de ese “veneno mortal” —como lo llama el apóstol Santiago— que producía un intenso sufrimiento en su corazón tan divinamente sensible. Esto fue lo que Él tuvo que oír de la boca de todos sus enemigos, a quienes tenía frente a sí y a los cuales, sin embargo, les había dado testimonio de la gracia que desplegó para con ellos a lo largo de Su carrera. En el Salmo 22 oímos otro eco de este sufrimiento: “Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: Se encomendó a Jehová; líbrele él; sálvele, puesto que en él se complacía... Me han rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán me han cercado. Abrieron sobre mí su boca como león rapaz y rugiente” (v. 7, 8, 12) Y también en el Salmo 69: “Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa” (v. 4).

Estos pasajes nos permiten comprender algo de estos sufrimientos, los cuales nuestro adorable Salvador soportó de parte de to-

dos sus adversarios, que no dejaban de derramar su odio sobre él, mediante sus burlas, sarcasmo y provocaciones.

Pero el Señor Jesús jamás dudó de que Dios lo podía librar; nunca dejó de confiar en Dios. Podemos ver esto en el Salmo 3, donde, evidentemente, lo que expresa el Espíritu profético parece referirse a ese momento en la cruz: “¡Oh Jehová, cuánto se han multiplicado mis adversarios! Muchos son los que dicen de mí: No hay para él salvación en Dios. Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; mi gloria, y el que levanta mi cabeza” (v. 1-3). Aun en ese momento, cuando nuestro Salvador se encontraba sumergido en medio de esa multitud de adversarios llena de odio, donde todos estaban contra él y sus enemigos se habían multiplicado —como Él lo dice—, no abandonó su confianza en Dios: “Tú, Jehová, eres... mi gloria, y el que levanta mi cabeza.”

Consideremos ahora el párrafo siguiente, es decir, a partir del versículo 45 del capítulo 27 de Mateo. “Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

Lo primero que podemos señalar es la brevedad con que la Palabra relata esos instantes que marcan el sùmmum de los sufrimientos de nuestro Salvador. Se nota manifiestamente una santa reserva de parte del Espíritu Santo, y de ello nosotros podemos extraer una lección. Abordemos tal escena con circunspección y con el sentimiento de la santidad del tema que nos es presentado.

“Y (o: **pero**¹) desde la hora sexta...” La conjunción adversativa “pero” marca una pausa entre lo que precede y lo que sigue. Es el comienzo de los sufrimientos expiatorios, el momento en que se cumplirá lo que leemos particularmente en Isaías 53: “Jehová qui-

1) La conjunción “y”, que encabeza este versículo, traduce el vocablo griego “*de*”, que en ciertos casos puede ser traducido por “**pero**”, como lo hace la versión utilizada por el autor (N. del T.).

so quebrantarlo, sujetándole a padecimiento.” Es el momento en que ofrecerá su alma en sacrificio por el pecado, el momento en que entregará su alma a la muerte. Ahí se lleva a cabo el trabajo, “la aflicción de su alma”. Todas estas expresiones nos hacen penetrar en el centro de los sufrimientos de nuestro Señor y Salvador, aunque, sin duda, permaneciendo a distancia. Los hombres son puestos de lado; no se los escucha durante esas tres horas de tinieblas. Ellos no tienen nada más que decir.

Pero Jesús va a encontrar a Dios como juez, un juez que no puede renunciar a ninguna de las exigencias de su justicia y de su santidad, incluso frente a su propio Hijo amado, el cual siempre tuvo un único objetivo: glorificarlo y hacer su voluntad. Dios derramará sobre su Hijo las olas de su ira, mientras él exclamará: “Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas; todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí” (Salmo 42:7). Estas expresiones simbólicas nos ayudan a comprender algo de este indecible sufrimiento. Y adoramos contemplando de lejos esta escena, porque, en efecto, allí el Señor fue hecho pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él (2.^a Corintios 5:21). Allí fue hecho maldición, así como está escrito: “Maldito todo el que es colgado en un madero” (Gálatas 3:13; Deuteronomio 21:23). Allí Dios apartó de él su rostro. Es preciso leer algunos versículos del libro de Lamentaciones de Jeremías que, aunque se aplica directamente al sufrimiento del profeta a causa de la ruina de Jerusalén, expresan lo que un hombre fiel puede soportar atravesando tal castigo de parte de Dios, castigo necesario a causa de los pecados del pueblo. Sin tratarse propiamente de los sufrimientos expiatorios, en los cuales nadie podía entrar, salvo Cristo, estas palabras nos conducen al umbral de este abismo. En el capítulo 3, versículos 1 a 15, leemos estas expresiones: “Yo soy el hombre que ha visto aflicción bajo el látigo de **su enojo**. Me guió y me llevó en tinieblas, y no en luz; ciertamente contra mí volvió y revolvó su mano... Me cercó por todos lados... aun cuando clamé y

di voces, cerró los oídos a mi oración; cercó mis caminos con piedra labrada, torció mis senderos.” En el versículo 43: “Desplegaste la ira”; en el versículo 44: “Te cubriste de nube para que no pasase la oración.” Allí se cumplieron también las palabras del Salmo 22, donde vemos que Dios se mantuvo lejos de su salvación y de las palabras de su clamor. En ese momento no hubo para Él ninguna consolación, y cuando levantó sus ojos al cielo, halló solamente un trono de justicia, y de una justicia inflexible, un trono rodeado de nubes de ira. Estas son imágenes simbólicas de las cuales la Palabra se sirve para ayudarnos a medir lo que fue la parte de nuestro amado Salvador. Conviene que consideremos detenidamente los detalles que refieren los versículos 45 y 46 de Mateo 27. “Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra.” ¿Por qué hubo tinieblas? Porque era conveniente que en el momento en que Dios ponía a su Amado en las profundidades de las tinieblas —como está escrito en el Salmo 88:6—, **toda la creación** fuese hundida en las tinieblas físicas. Era conveniente que todos los seres, todas las cosas, estuviesen cercadas con ese velo tenebroso, porque se desarrollaba una escena única en los anales de la tierra y del cielo: Dios, el Dios justo, hería a su propio Hijo.

Dios apartó de él su rostro. ¡Qué santa emoción sentimos cuando pensamos en aquella comunión que el Señor Jesús nunca dejó de gozar con su Dios a lo largo de su carrera terrenal! Esta comunión era continua; ciertamente por eso Él puede decir: “El Hijo del Hombre, que **está** en el cielo” (Juan 3:13). Llegó el momento en que el hombre perfecto fue privado de esa comunión. ¡Fue interrumpida! ¿Por qué? ¡Porque Él estuvo allí como propiciación por nuestros pecados, como el **pecado** personificado; fue la serpiente de bronce levantada sobre un asta (Juan 3:14; Números 21:9)! Entonces, el Dios justo y santo no podía hacer otra cosa que apartar sus ojos de Él y abandonarlo.

Todo lo que Dios es en su naturaleza, santidad, justicia, luz, gloria y majestad, necesariamente estaba contra el pecado. Pero he

aquí que este Dios justo y santo tenía delante de él a un Ser en el cual el pecado fue, por así decirlo, incorporado, en el cual fue cargado el inmenso fardo de todas nuestras faltas. ¿Renunciaría Dios a todo lo que constituye su naturaleza? Ciertamente que no. Él reivindica todos sus derechos frente a este hombre que es su Hijo y lo abandona, porque no puede hacer ninguna concesión a las exigencias de su justicia, de su santidad y de su gloria, las cuales nosotros, como pecadores, habíamos hollado con nuestros pies. Y Cristo tomó nuestro lugar bajo la ira de Dios, y fue abandonado.

*Las olas vengadoras de cólera penal,
por sobre Ti pasaron con peso judicial;
y tu alma sumergida llevó la maldición
debida a los perdidos, por nuestra salvación.*

*La muerte Tú sondeaste en su profundidad,
pagando con tu vida la gran penalidad;
mas ¿cuál no fue el tormento que tu alma allí sufrió,
cuando el divino rostro de Ti Dios apartó?*

(Continuará)

FRAGMENTO

En medio de todas las pruebas y sufrimientos en que podamos hallarnos, es imposible dudar de la bondad de Aquel que quiso tomar nuestro lugar bajo el juicio de Dios; si pensamos detenidamente en esto, habremos levantado una barrera infranqueable contra todo sentimiento que, en nuestra vida, no sea digno de Él, quien dio testimonio de un amor tan grande por nosotros. Los caminos de Dios respecto a nosotros no pueden tener otra fuente que su amor, el cual nos manifestó en Jesucristo nuestro Señor. *J.F. (M. E. 1968)*

MEDITACIÓN SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES

(Viene de la página 134)

(Capítulo 4)

**“Como panal de miel destilan tus labios, oh novia mía;
Miel y leche hay debajo de tu lengua;
Y el olor de tus vestidos como el olor
del Líbano.” (v. 11, JND)**

Al estar el corazón lleno de un objeto, necesariamente de éste habla la boca. Al pensar en Aquel cuyo afecto conoce, el corazón de la amada rebosa y su boca cuenta lo que Él es y lo que ha hecho a su favor. Es cosa muy dulce para el Amado escucharle así dándole gloria, ya que sus labios destilan miel; y “¿qué cosa más dulce que la miel?” (Jueces 14:18). Debajo de la lengua de la amada también se halla leche, precioso alimento para los pequeños del rebaño. Ella puede dar a los corderos del buen Pastor el alimento necesario para crecer en el conocimiento de su Señor y Salvador Jesucristo, lo que mantendrá sus almas con salud y prosperidad espiritual. El olor de los vestidos de la amada sugiere el perfume que sube a su presencia y que le es agradable. Es la fragancia misma de su Nombre, porque la Esposa está revestida de Él mismo. El aceite de la unción sagrada, cuyo perfume llenaba el santuario, era derramado sobre los sacerdotes al igual que sobre el sumo sacerdote (Levítico 8:12 y 30). El Espíritu Santo que ungió a Jesús en su bautismo viene también a habitar en aquellos que han creído (Mateo 3:16; Hechos 2:13). Este perfume que sube de la tierra hacia el Señor, es lo más precioso y más grande que Él tiene aquí abajo; es como el olor de las altas cumbres del Líbano.

**“Huerto cerrado eres, hermana mía, novia mía;
Manantial cerrado, fuente sellada.” (v. 12, JND)**

Para el Señor, su Asamblea es como un huerto en el que nadie sino Él tiene el derecho de penetrar. Él mismo la rodeó con un cerco que la preservara de la intrusión de cualquier extraño o raptor. Él la quiere para sí solo. Ningún otro puede gozar de los frutos excelentes que su gracia ha producido allí. Una fuente inagotable de aguas refrescantes, a las que nada podría corromper, fertiliza este huerto, derramando un frescor abundante. ¡Qué lugar de delicias! Pero, celoso de los afectos de esta Iglesia, Cristo guarda para sí mismo todo lo que contiene este huerto. En tal lugar todo está cerrado, sellado; sólo Él puede deleitarse allí. En este huerto, Él halla más satisfacción que la que tenía Adán en el huerto de Edén antes de desobedecer. Pero el primer hombre no supo guardar lo que Dios le confió, faltó a su responsabilidad y todo se echó a perder, se dañó, se arruinó. En el huerto del Amado todo está en sus manos, muy seguro, cierto y próspero. ¡Qué abundante bendición y qué seguridad ofrece ese lugar de delicias, no comparable a ningún otro!

**“Tus renuevos son paraíso de granados,
con frutos suaves” (v. 13)**

El Amado plantó todos los árboles de frutos suaves que contiene el huerto; y, así como aquellos de Edén eran para Adán, éstos son para Él. Allí se hallan granados, árboles de los que ya hemos hablado y que por sus frutos hacen pensar en lo que la Iglesia es para Él. Todos los que la componen son para Cristo objeto de gozo; todos son frutos de su gracia perfecta, rescatados por su preciosa sangre. Cada uno tiene su lugar en el servicio para el cual ha sido formado y calificado. Fruto de la obra de la cruz, cada uno refleja algo de la belleza de su Señor y manifiesta los resultados de su

perfecta gracia. En su conjunto, forman esta gloriosa Iglesia por la cual Él se entregó a sí mismo. Es un dominio en el cual el mundo no entra; este huerto le está cerrado. ¿Qué son a los ojos del mundo estas dos o tres personas insignificantes que cada primer día de la semana se congregan en el “apostento alto” para recordar a Aquel que fue crucificado por ellas y a quien el mundo ha olvidado desde hace largo tiempo? ¿Quién dirá la satisfacción que el Señor siente al hallarse en medio de ellas? ¿No está Él en un paraíso de granados?

**“De flores de alheña y nardos;
Nardo y azafrán, caña aromática y canela,
Con todos los árboles de incienso;
Mirra y áloes, con todas las principales
especies aromáticas.” (v. 14)**

En este huerto se hallan también, con los árboles frutales, plantas y árboles de incienso. Encierra todo lo que es agradable, “delicioso a la vista, bueno para comer” (Génesis 2:9), y todo lo que puede regocijar el corazón. Todo lo que hay allí es para el Amado. Los nombres de estas plantas y árboles de incienso son mencionados, pero sólo Dios, por su Espíritu, podrá hacernos conocer lo que ellos representan.

Notamos de entrada que estos perfumes son mencionados de dos en dos; son siete, y uno es mencionado dos veces. El primero es flor de alheña y lo hemos encontrado ya en el capítulo primero. Nos habla de la gloria real del Amado, quien, si bien fue rechazado por este mundo y está ahora escondido en los cielos, aparecerá con toda su majestad ante los ojos del universo. Entonces los que le pertenecen, y que habrán compartido con Él su oprobio y su rechazo, serán también manifestados en gloria con Él. Si sufren hoy con Él, reinarán también con Él (2.ª Timoteo 2:12). En esa flor de alheña el Señor considera a su Iglesia como ya glorificada y a to-

dos los suyos como reyes y sacerdotes (Apocalipsis 1:6). Él los hizo tales para su Dios y Padre. Allí, en su huerto, Él respira en ellos la fragancia exquisita de la flor de alheña, la fragancia de la gloria real. Quienes otrora no eran más que pobres esclavos, están destinados a la realeza.

A la fragancia de la flor de alheña se halla asociada la del nardo, la que nos resulta conocida por haberle prestado atención al meditar el capítulo primero. Nos anuncia proféticamente las circunstancias que se realizaron seis días antes de la pascua, cuando, en la cena de Betania, María derramó el perfume de nardo puro sobre la persona de ese Rey rechazado. Ella estimó que nada era demasiado grande para honrarle. El Amado halla en su Asamblea algunos corazones que le aman, le siguen y le testimonian su amor, no ya derramando ese perfume de nardo sobre sus pies, cosa imposible hoy, pero sí guardando su Palabra. ¿No ha dicho Él que “el que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” (Juan 14:23)? La casa se llenó del olor del ungüento, anticipo de la fragancia que llenará la casa del Padre, templo en el cual el amor perfecto y eterno podrá expandirse libremente.

En tercer lugar, tenemos el azafrán también asociado al nardo. Es la única vez que lo hallamos mencionado en las Escrituras. Hemos hecho notar que estas especias aromáticas son mencionadas aquí de dos en dos; podemos, pues, intentar hallar aquí un vínculo entre los dos elementos de cada grupo. Así como el nardo sirvió para honrar al Rey de gloria mientras era rechazado, el azafrán también nos habla de su realeza, ya que su hermoso color amarillo, como oro, hace pensar en la corona de ese Rey glorioso, con la que Dios le coronó según el Salmo 21:3. Cuando era rechazado, el nardo, en silencio, proclamaba su gloria real; pero, cuando Él vuelva llevando muchas diademas (Apocalipsis 19:12), su realeza será proclamada ante todos los ojos.

Ahora, como en el aceite de la santa unción (Éxodo 30:23), ha-

llamos la caña aromática (el cálamo) y la canela que crecen juntas en el huerto del Amado. Toda la caña aromática derrama un olor agradable, pero en especial su raíz, cuyo interior es de un color blanco rosado, empleado en preparaciones farmacéuticas. Esa caña nos hace pensar en la palabra del Señor respecto de Juan el Bautista en Mateo 11:7: “¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?”. Es una imagen de lo que es el hombre en su debilidad; un pobre ser a quien una nada agita y quien sin cesar está expuesto a doblarse bajo los golpes de las circunstancias adversas; al menor viento debe inclinarse hasta la tierra. El libro del Éxodo menciona esta caña aromática o cálamo como parte de la composición del aceite de la unción, lo que sugiere las perfecciones del hombre Cristo Jesús. Él fue abatido y humillado; sufrió las consecuencias del pecado en este mundo aunque era el santo y justo que no conoció pecado. Al terminar su carrera aquí abajo, dijo: “Te he glorificado en la tierra” y “Yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 17:4 y 8:29). Aquí, en su huerto, el Señor ve a todos sus amados que también pasan por pruebas, sufrimientos, abatimiento y menosprecio. Reconoce en ellos la fragancia que manifestó Él mismo como hombre aquí abajo y halla en ellos todas sus delicias: son, para Él, los santos y los íntegros que están en la tierra, en los que encuentra toda su complacencia (Salmo 16:3).

La canela es un árbol muy hermoso, de un verde siempre brillante. Exhala un perfume agradable que se expande a lo lejos. De su corteza se extrae una especia aromática que entraba en la preparación del aceite de la unción sagrada (Éxodo 30:23). Por esta imagen, el Espíritu Santo quiere hacernos conocer algo de la excelencia de la humanidad de Cristo, fragancia que subía ante el trono de Dios. En este hombre perfecto Dios halló toda su satisfacción, y esto en un mundo en el cual todo estaba echado a perder por el pecado. La canela no evoca, como lo hace la mirra, a un Cristo que pasa por sufrimientos, sino más bien en su hermosura como hombre.

Por fin, tenemos la mirra y los áloes. Si la mirra, de gusto amargo pero de fragancia suave, nos habla de un Cristo que sufrió, el áloe nos habla de su misma muerte. Con un compuesto de mirra y áloes de unas cien libras, José de Arimatea y Nicodemo envolvieron el cuerpo de Jesús cuando lo depositaron en el sepulcro nuevo, quien no sólo no vio corrupción, sino que no exhaló más que un buen olor. Éste podía subir del sepulcro donde había sido depositado el cuerpo de nuestro Señor, cuerpo en el cual toda la plenitud de la Deidad se complació en habitar, cuerpo que no debía ver corrupción (Salmo 16:10) y al que la muerte no podía retener. La mirra y el áloe están aquí asociados en el texto que nos ocupa. El Amado los halla en su huerto, lo que significa que sus amados aquí abajo tienen el privilegio de reproducir algunos rasgos de Su humanidad; el sufrimiento causado por su nombre ha sido la porción de ellos y algunos tuvieron hasta la honra de sacrificar su vida por Él. Así el Amado halla la mirra y el áloe producidos en su propio huerto.

(Continuará)

EL TIEMPO DEL DESPERTAR

(Viene de la página 144)

Despertares

En 1856, algunos cristianos, afligidos por la indiferencia que reinaba alrededor de ellos en América y, de manera general, en toda la cristiandad, convinieron en reunirse cada día, a las doce, en una modesta habitación de Nueva York, para orar y pedir a Dios, con insistencia, que obrara en los corazones. Pronto otros se unieron a ellos y, cual el fuego de un incendio en la pradera, el movimiento se extendió por toda la gran ciudad y los lugares de culto

se llenaron; muchos pedían las oraciones de la asamblea a favor de las personas cuya conversión deseaban fervientemente.

Hubo una contestación divina a esta intercesión general. Por doquier, en la tierra y en el mar, el Espíritu de Dios ejerció su acción y hubo gozo en el cielo por un gran número de pecadores arrepentidos. Marineros en alta mar, por quienes las madres angustiadas habían pedido las súplicas de aquellos que se reunían a esa hora inusitada, anunciaron que, misteriosamente cautivados por el poder del Espíritu de Dios, habían sido llevados a la confesión de sus pecados y al conocimiento de la salvación por la fe en un Salvador largo tiempo ignorado.

Uno de los frutos de ese trabajo de oración e intercesión fue el poderoso despertar que tuvo lugar en el norte de Irlanda, luego en Inglaterra en 1859, fecha a la cual, según lo confesaron después, muchos hijos de Dios remontaban su conversión. Centenares de personas eran cautivadas por el poder del Espíritu de Dios con tal fuerza que caían a tierra y permanecían en un estado de postración completa hasta haber hallado la salvación por la fe en el Hijo de Dios muerto y resucitado. En muchos sitios, los lugares de diversión estaban tan vacíos que sus propietarios tuvieron que cerrarlos definitivamente. Pero, cuando la hora de la prueba surgió, muchas flores no dieron fruto y el mal recrudesció con más violencia que nunca. Sin embargo, una inmensa cantidad de personas pasaron de muerte a vida y podrán bendecir eternamente a Aquel que, en esos tiempos tan bendecidos, las trajo al conocimiento de su amor.

Este poderoso trabajo de Dios preparó el terreno en Inglaterra para la bendición que Él derramó en ese país desde 1873 mediante la visita de dos evangelistas americanos: Moody y Sankey. Pese a lo incompleto del Evangelio predicado por estos dos siervos de Dios, lo cierto es que millares de almas fueron salvadas por su ministerio. Juntos anunciaron el Evangelio con una inusitada potencia a muchedumbres inmensas, tanto en América como en el Reino Unido, provocando por doquier un interés intenso por la Palabra

de Dios. Como ellos no habían salido totalmente “fuera del campamento” para llevar el oprobio de Cristo, desafortunadamente no supieron conducir a este lugar de bendición y de testimonio a aquellos a quienes el Señor atraía a sí por intermedio de ambos.

Otros países de Europa fueron visitados por la bendición de lo alto en esa misma época. La caída del Imperio en Francia (1870) abrió la puerta de par en par, en este país, para el Evangelio. Mucho antes de esa fecha, siervos de Dios trabajaban allí, llevando bendición a distintos lugares con la predicación de las buenas nuevas, y tenían lugar verdaderos despertares. En el Drôme entre 1852 y 1856, en el Gard entre 1858 y 1860 y, desde el advenimiento de la República, muchas ciudades católicas fueron evangelizadas como nunca antes lo habían sido. El Dr. Mac All fundó en París y en otras partes una misión que, con la ayuda de devotos siervos del Señor —entre otros R. Saillens— se desarrolló en varios centros de tinieblas e incredulidad y fue de bendición para muchas almas.

Entre los despertares más notables de nuestra época se puede citar el del país de Gales (1904), que ya había sido ricamente bendecido en 1804 y en 1859. Constituye un ejemplo llamativo de la soberanía de los caminos de la gracia de Dios, en cuanto a la elección de los instrumentos a favor de los cuales ella se despliega. Éstos fueron de los más humildes y, en apariencia, de los menos apropiados para ese trabajo.

Evan Roberts, un joven minero, conocido por su amor a la Palabra y por su viva piedad, tenía la costumbre de pasar horas en oración y en una silenciosa comunión con Dios, pero nada hacía presagiar que este humilde obrero, sin educación previa, pudiera ser empleado para despertar a muchedumbres adormecidas en el sueño de la muerte. La obra del Espíritu de Dios comenzó alrededor de su vivienda y se extendió por todo el país; millares de almas confesaron haber recibido la salvación por la fe en el Señor Jesucristo. Hubo, como siempre, una gran limpieza; sin embargo, un atento examen de este campo en el cual el Espíritu de Dios trabajó

de tal manera, con mucha energía, prueba a todo observador serio la realidad de la obra divina.

Abundantes bendiciones se esparcieron luego sobre la isla de Anglesey y luego sobre la ciudad de Liverpool. Evan Roberts habló con poder a un auditorio de diez mil personas y el recuerdo emocionado de su predicación sobre «el Nombre de Jesús» permaneció durante mucho tiempo. Una gran dependencia respecto del Espíritu de Dios y un intenso espíritu de oración lo caracterizaba, como así también a aquellos que trabajaban con él. La eternidad manifestará las maravillas que Dios cumplió en ese tiempo de despertar.

En *España*, donde la libertad religiosa a favor de los no católicos mantuvo su precariedad aun después de la Constitución relativamente liberal de 1871, el Evangelio prosiguió difundiendo en el siglo XX. La revolución española de 1936 y la atroz guerra civil que le siguió tornaron muy difícil, durante un tiempo, la situación de los creyentes de este país, particularmente en Cataluña. Es cierto que el pueblo, víctima de una verdadera crisis de descristianización, se lanzó contra las iglesias y los curas y trató con cierta indulgencia a los «evangélicos». Pero el régimen que se estableció después de la derrota del partido revolucionario acarrió para estos últimos muchas trabas y dificultades para congregarse, para dar testimonio y evangelizar, como también para satisfacer las necesidades de la vida corriente: casamientos, entierros, etc.

En *Portugal*, una hermosa obra de evangelización se había desarrollado durante el Despertar, gracias a la Sociedad Bíblica Británica, con resultados notables; primero en la isla de Madera, mediante el Dr. Kalley, luego en Portugal mismo con De Veira. Pero se vio trabada por verdaderas persecuciones en 1846, en 1886 y en 1901. Sin embargo, nuevamente el Evangelio encontró, en el siglo XX, puertas abiertas de par en par y se difundió ampliamente.

En *Italia* Dios también abrió la puerta del Evangelio en este último siglo. Ya hemos hablado del eminente cristiano, el conde

Guicciardini (1808-1870), quien trabajó con celo para hacer conocer el glorioso mensaje que a él mismo le había traído la paz y la salvación. En el principio del despertar que tuvo lugar allí, siguiendo al de Suiza y otros países, la Biblia tenía un poder particular y muchas almas fueron llevadas a la fe.

Los obreros del Señor que hoy en día trabajan para hacer conocer las buenas nuevas, comprueban que otrora las conversiones eran más numerosas y la obra más profunda que ahora, pese a la mayor libertad de que hoy se goza y a la disposición de una puerta más ampliamente abierta. La evolución natural de los países católicos romanos tiende a la incredulidad; se experimentan más dificultades en ganar para Cristo a un incrédulo que abandonó el catolicismo que a un católico piadoso, animado, en general, por el temor de Dios y cierto conocimiento de las verdades fundamentales del cristianismo.

La Misión al Interior de la China

La última visita de Moody y Sankey en 1883 tuvo una influencia perdurable sobre el desarrollo de las misiones en países paganos, en razón del interés que aquella despertó en las universidades del Reino Unido y sobre todo en Cambridge. Numerosos estudiantes convertidos se consagraron a este servicio. Algunos de ellos abandonaron un porvenir prometedor en el orden material y entraron al servicio de la *Misión al Interior de la China (China Inland Mission)*, fundada en 1865 por el Dr. Hudson Taylor, misionero en ese país. Hasta entonces, la obra de evangelización se limitaba a los puertos de mar abiertos a los extranjeros y a las provincias vecinas al océano. Hudson Taylor, es cierto, había hecho ya, en compañía de un devoto colaborador, W. Burns, algunas peligrosas visitas al interior del país. Comprendió que era necesario un esfuerzo mucho mayor y fundó la *Misión al Interior*, confiando enteramente en el poder de Dios.

En su origen, en 1865, cinco misioneros respondieron a este llamamiento. En 1875, la sociedad contaba con cincuenta y un obreros. En 1885, siete estudiantes de Cambridge, convertidos al Señor, se embarcaron para la China después de haber realizado reuniones de despedida en toda Inglaterra, las que originaron numerosas conversiones y sirvieron de punto de partida a fecundas carreras misioneras. Uno de estos siete jóvenes obreros de Dios dirigió por largo tiempo la Misión. Otro, Charles T. Studd, fundó una misión en el centro del África. En la China, hacia 1930, trabajaban más de seis mil quinientos misioneros, sin tener en cuenta los que trabajaban allí sin estar vinculados a ninguna sociedad. Se anunciaba el Evangelio en cada una de las diecinueve provincias.

El Ejército de Salvación

Un examen imparcial de los movimientos religiosos de nuestra época no podría omitir al Ejército de Salvación. Fundado en 1878 por un pastor metodista activamente ocupado en la búsqueda de almas perdidas, W. Booth, se propagó rápidamente y, en la actualidad, trabaja en 79 países y posee millares de oficiales y soldados. Aunque su constitución y sus métodos no respondan a la enseñanza de la Biblia, esta organización religiosa agrupa, con toda seguridad, a un muy grande número de verdaderos hijos de Dios, ardientemente deseosos de propagar el mensaje de la salvación a las masas hundidas en las tinieblas y de aliviar las miserias de los desheredados del mundo. Por su medio, un número inmenso de desdichados de los bajos fondos de las grandes ciudades del mundo entero —cristianizado o pagano— entran en contacto con las verdades del Evangelio, más o menos claramente presentadas. Las innumerables fundaciones filantrópicas del Ejército de Salvación prepararon a muchas almas para escuchar el mensaje del Evangelio.

La obra de cada uno será manifestada en el gran día de las retribuciones y será probada por el fuego. La cristiandad se caracteri-

za hoy en día por su espíritu de insumisión a la Palabra y, a este respecto, el Ejército de Salvación nos da un triste espectáculo. ¿Cómo justificar, por las Escrituras, la autoridad administrativa y ejecutiva que esta organización otorga a las mujeres, el reemplazo del rito iniciatorio del bautismo por un «servicio de consagración» y el de la cena del Señor por una «reunión de santidad»?

Obras diversas

Entre las carreras de los evangelistas del siglo pasado, mencionemos la de un notable siervo de Dios: Charles Spurgeon. A la edad de 20 años, en 1854, comenzó a predicar el Evangelio en Londres. Se convirtió a temprana edad, de manera que a los dieciséis años ya confesaba en reuniones públicas el nombre de su Salvador. Cuatro años más tarde, en 1858, se le llamó a presentar la verdad ante un auditorio de más de veinte mil personas, reunidas en el Palacio de Cristal, el día de humillación nacional convocado en ocasión de la gran revuelta de los Cipayos en la India. En estas circunstancias habló con tal poder que su discurso tuvo una resonancia extraordinaria en todo el país. En 1861 se construyó para él una gran sala que podía contener a seis mil personas. Durante treinta años, hasta su muerte en 1892, anunció el mensaje de salvación a muchedumbres siempre renovadas. De todas partes venían a escuchar a ese gran predicador, quien, hasta el fin, no perdió nada de su frescor ni de su poder.

Una de las características de nuestro siglo, desde el punto de vista de la obra divina realizada en este mundo, ha sido la difusión cada vez más grande de las Sagradas Escrituras, por medio de las cuales la luz y la bendición se derraman hasta los lugares más recónditos de la tierra. La *Sociedad Bíblica Británica y Extranjera*, fundada en 1804, ha sido un poderoso instrumento en la mano de Dios para poner su Palabra al alcance de millones de lectores. En su locura incrédula, Voltaire decía: «Dentro de cien años la Biblia

habrá pasado a la historia y no se la hallará sino en los graneros y en los museos». ¿Cuál fue la respuesta divina a este audaz desafío? La Sociedad Bíblica Británica y Extranjera repartió, ella sola, en 1957 cerca de 8 millones de ejemplares de la Biblia, entera o partes de ella, lo que hacía ascender a 583 millones el número de Biblias y Nuevos Testamentos que, desde su fundación hasta esa fecha, repartió en todo el mundo esa Sociedad, en 851 lenguas diferentes. El cómputo de las sumas recibidas por ella para llevar a cabo esa inmensa labor superaba los veinte millones de libras esterlinas. «Dios es más grande que sus enemigos».

Otras sociedades importantes, como la *Sociedad Bíblica de Escocia*, la *Sociedad Bíblica Trinitaria*, la *Sociedad Bíblica de París* (1818), la *Sociedad Bíblica Francesa* (1836), la *Casa de la Biblia*, etc., han propagado o propagan todavía la Palabra de vida por millones de ejemplares. A despecho de todas las negaciones y críticas de la incredulidad, el Libro Sagrado prosigue así mostrando su poder, porque es la Palabra viva y eficaz, más penetrante que toda espada de dos filos. Los milagros producidos por su simple lectura, acompañada por la operación del Espíritu en los corazones, serán un tema de alabanzas eternas para los habitantes del cielo. La casa donde Voltaire pronunció las palabras impías que acabamos de relatar, fue transformada en depósito de Sagradas Escrituras desde el cual, por centenares de miles de ejemplares, la Biblia lleva su mensaje a todos los países del mundo. Y de los libros de Voltaire, ¿cuántos ejemplares se venden cada año, y a cuántos idiomas han sido traducidos? En el inmenso edificio de la Sociedad Bíblica de Londres, dos salas no contienen nunca menos de dos millones de ejemplares de la Biblia que esperan ser encuadernados. Ante tales riquezas, uno piensa en el trigo almacenado en la antigüedad en los graneros del Faraón de Egipto bajo los cuidados de José. El mundo hambriento tiene a su disposición, y en abundancia, graneros llenos del pan espiritual. Alabemos por ello al Señor de la mies y pidámosle que facilite su circulación y dis-

tribución entre las almas deseosas de paz y de alimento, antes de que el juicio caiga sobre este mundo impío y apóstata que desconoció y rechazó esta Palabra eterna. “El cielo y la tierra pasarán” —ha dicho el Hijo de Dios— “pero mis palabras no pasarán— (Mateo 24:35).

Los orfanatos de Bristol, fundados por George Müller (1806-1898) hace más de un siglo, son un ejemplo notable de la fidelidad de Dios acerca de sus promesas hechas a la fe, la que confía en Él tanto para todo lo que concierne a las necesidades temporales de los suyos como para las de sus almas. Durante cien años, más de dos millones de libras esterlinas han sido recibidas por los cristianos que dirigen estos establecimientos, como respuesta a sus oraciones, y se utilizaron ya sea para el mantenimiento de los millares de huérfanos criados bajo sus cuidados, o para la distribución de las Escrituras y la predicación del Evangelio en diversos países.

Otra obra de fe es la del Dr. Barnardo, quien en 1866 abrió un asilo para niños abandonados de los bajos fondos de Londres. Después de darles una educación cristiana, cuyos frutos son duraderos y bendecidos, la mayor parte de estos jóvenes son enviados a países de habla inglesa en los cuales hallan ocasión para ganarse honradamente la vida.

Un filántropo cristiano, cuya memoria es también de bendición, el conde Shaftesbury, consagró su vida al servicio del Señor para hacer el bien a la humanidad doliente. Los pobres, los desheredados de este mundo, eran objeto de su particular, activa y bienhechora solicitud. A este creyente humilde le gustaba trabajar entre aquellos en favor de los cuales se despliega la especial simpatía del Señor Jesús, quien se hizo pobre, siendo rico, para que nosotros con su pobreza fuésemos enriquecidos. En 1843 se consagró con gran energía a la obra escolar en favor de niños desheredados. De hecho, ningún esfuerzo para hacer penetrar el Evangelio en los ambientes miserables de grandes ciudades y para mejorar la condición social de éstos no le dejaba indiferente. Así fue hasta el término de su larga carrera.

Conclusión

¿Cuál es la esperanza de la Iglesia? ¿Es el establecimiento gradual y universal de un mejor estado de cosas, un milenio mundano de paz y prosperidad, pero del cual el Heredero legítimo del reino estaría ausente? ¿Es la conversión del mundo, o aun un «despertar general»? Ninguna de estas perspectivas es puesta ante nosotros por la Palabra inmutable de nuestro Dios. Al contrario, ella nos dice claramente que el paréntesis actual, el que comenzó el día de Pentecostés, se cerrará con la venida gloriosa del Esposo, la que el Espíritu Santo hizo recordar a la Iglesia adormecida, hace más de un siglo. Un incalculable número de rescatados, despertados de su sueño, miran ahora hacia el cielo con el ardor de la fe y de la esperanza recobrada, y, al clamor del Esposo: “Vengo en breve”, ellos responden: “Amén, ven, Señor Jesús”.

Un adversario del gran movimiento que despertó a la Iglesia hace un siglo, se atrevió a decir que los cristianos que participaban en él se hallaban bajo la influencia de una «ilusión». La fe misma —ilusión para el incrédulo— es para nosotros, los que creemos, “la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). El inminente retorno de nuestro Señor y Salvador cumplirá su formal promesa: “Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:3). Recordemos la advertencia de Pedro: “En los postreros días vendrán burladores... diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento?... Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día” (2.ª Pedro 3:3-8). Por cierto, el Señor quería que su Iglesia esperara su venida a toda hora. ¿Acaso es una ilusión sostener esta preciosa espera? “El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:20).

En cuanto a la cristiandad profesante, ella marcha rápidamente hacia el momento en que el Señor la rechazará. Se caracteriza,

esencialmente, por el rechazo de la autoridad divina de las Sagradas Escrituras. El modernismo rehúsa recibirlas como divinamente inspiradas. Niega la caída del hombre y el juicio final de los no arrepentidos. Se generaliza el desprecio de los derechos de Dios sobre sus criaturas y de su amor manifestado en el don de su Hijo. El temor de desagradar a Dios y el respeto que la criatura debe a su Creador son cada vez más escasos. Por eso, no teniendo ya ningún freno que los detenga en el camino del pecado, los hombres se entregan con frenesí a sus concupiscencias, esperando hallar, en lo que les satisface, la dicha que han perdido. Son “amadores de los deleites más que de Dios” (2.^a Timoteo 3:4).

Sin embargo, pese a la indiferencia y la incredulidad crecientes, Dios prosigue su obra de gracia mediante su Espíritu y su Palabra. Numerosas almas, traídas al conocimiento del Salvador, esperan con gozo su retorno. “Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lucas 21:28). La felicidad inefable de la casa del Padre será pronto la porción eterna de los rescatados. “Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría” (Salmo 30:5). Luego la creación entera será redimida por el Príncipe de paz, para gozar de la gloria de los hijos de Dios: “Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 5:13).

(Continuará)

PENSAMIENTO

Prefiero engañarme a mí mismo cien veces hablando bien de mis hermanos que una sola vez hablando mal de ellos H.R. (M. E. 1926)

*Único en tu humanidad, en gloria sin igual,
Jefe de la Iglesia, Señor, divino y eternal;
Antes de toda creación, del universo Autor,
De la palabra el Sostén, damos a Ti loor.*

*Mente humana no podrá tu esencia conocer;
pero a Ti en majestad, por fe podemos ver,
en tu gloriosa humanidad gozamos ¡oh Señor!,
Pues de tu cuerpo somos ya electos de tu amor.*

*El manantial de bendición, riquezas y poder,
Sobre la Iglesia todo bien Tú haces descender;
De los santos la perfección obras en su unidad;
De tu amor su plenitud les das con la verdad.*

*El Verbo eres Tú, Jesús, de vida y de verdad,
en Ti también tenemos luz, gracia y felicidad:
Digno eres ¡oh Dios Salvador! de nuestra adoración
y digno de una vida fiel, de celo y devoción.*

*Manifestado fue en Ti el Padre; y la Deidad
en plenitud se halló aquí con gracia celestial:
Jesús, del cielo sobre nos derramas tu bondad
con ricos dones y con voz de amor y gran piedad.*

*Igual a cuando aquí, Jesús, aún eres en amor;
tu Palabra, tu corazón, no cambiarán, Señor:
¡Oh Cristo amado!, hacia Ti nuestra alma mirará;
tu Iglesia en paz, reunida aquí, tu gracia gozará.*